

## “Perra mala”

Esteban Argonz  
estebanargonz@live.com.ar

*(Cuarto pequeño de una casa de barrio. Cocina comedor. Una puerta de chapa vidriada da al patio. Hay dos ventanas. Ambas cerradas para que no entre el calor. La mesa cuadrada de fórmica y caño, en el centro. En el comedor todo es modestamente reluciente. No hay demasiadas cosas. Pero todo reluce. El olor a desodorante para pisos penetra en la nariz).*

### Violeta

¿Agua fresca?

Tenía jugo. Pero lo terminé ayer.

Jugo de mango y frutilla.

No es muy rico, pero en la boca se produce algo raro. Por eso lo tomo.

¿Dónde dejé el pañuelo?

Acá está.

Siempre lo guardo en el mismo lugar y siempre me olvido que ahí lo tengo.

Este era de Josecito. Él nunca usaba descartables.

Siempre estos de tela.

Como su papá.

Ahora los uso yo.

Son masculinos. Pero mocos son mocos.

Me gusta lavar los pañuelos.



Hay gente a la que le da asco.

A mí no.

Me gusta lavar los mocos.

No se lo cuente a nadie.

Eso es íntimo.

Lavar un pañuelo usado es síntoma de sacar algo que ya no sirve.

¿Me explico?

Yo odio resfriarme en verano. El verano no es para andar resfriada.

El invierno tampoco, pero en junio es como más justificado un resfrío.

Digo justificado por decir.

No es bueno resfriarse y punto.

Raro el resfrío en enero.

Dicen que el resfrío es enojo. Debo estar enojada por algo.

Aunque yo siempre fui bastante pecho frío.

Varios eneros me ha pasado lo mismo.

¿A usted nunca?

No es el primer resfrío veranil que yo tengo.

Los golpes de calor.

Afuera el calor quema. Yo por eso todo cerradito.

Las persianas bajas desde temprano. Para que el fresco de la noche no salga.

Está lindo acá. ¿O no?

Después cuando el sol baja, abro. Cuando ya empieza a correr la fresca.

Y así todos los días.

Abro las ventanas. Las puertas.

Odiaba que Josecito me deje la puerta abierta.

Él entraba corriendo y dejaba la puerta de par en par.

¿Vivís en una carpa vos?

Ya salgo, me gritaba mientras iba dejando ropa tirada por el pasillo.

A mí no me importaba que sea un minuto nada más.

En ese minuto el calor te invadía la casa.

Y yo la cerraba de un portazo.

Esa puerta antes era de chapa.

Ahora es de madera... por la inseguridad.

Él volvía haciendo trompa.

Esa trompa que siempre me hacía tentar de la risa.

¡No me hagas trompa, eh!

Vos nos golpees la puerta.

Y yo me reía.

Un carácter tenía.

Siempre se enojaba cuando yo le teñía las remeras que ya estaban más viejitas.

Algunas quedaban como nuevas.

Siempre me salió más barato comprar unos paquetes de anilina que comprar remeras nuevas.

Eso siempre es más barato.

Acá y en la China.

En la China y en cualquier parte del mundo.

Yo soy muy buena tiñendo con anilina.

Mire esta blusa.

Parece nueva, ¿no?

Es viejita. Solo que está teñida.

Yo soy una experta.

Incluso he teñido para afuera.

A veces han venido las vecinas con las prendas en las manos y los paquetes de anilina.

Los escondían al principio para que yo no me dé cuenta.

Se hacían las pavas, como queriendo charlar de otra cosa, y después sacaban el tema.

A mí me gustaba sentirme así.

Así como... solicitada.

Parece un chiste. Pero yo dejo la ropa como nueva.

Además de la sal, el secreto es el vinagre.

Y eso nunca se lo dije a nadie.

Por las dudas usted no lo repita.

Yo disuelvo la anilina en agua hirviendo.

En otro recipiente mezclo el agua fría con la sal.

Y recién ahí vuelco la anilina.

Toda disuelta.

Mezclo bien, como para que se integre.

Como cuando una cocina.

El mismo arte, pero con ropa.

Teñir ropa es todo un arte.

Pongo la ropita... y dejo reposar por una hora.

Después enjuago bien. Varias enjuagadas.

Y en la última enjuagada dejo reposar la prenda con el vinagre.

Ese es el secreto.

La dejo ahí. Un rato. Escurro bien y después dejo secar a la sombra.

Y depende de la tela, plancho la prenda con vapor bien caliente.

Soy una experta.

Lo que tiene la anilina es que le queda bajo la uña.

¿Ve?

Fácil sería usar guantes.

Usted se preguntará porque no los uso.

Pero no los soporto.

Es molesto.

Los guantes te agarran de las manos.

Te presionan los dedos.

Es incómodo.

Josecito no quería que yo le haga mimos con las uñas llenas de anilina.

¡Sacá esos dedos oscuros! me decía.

Y yo me reía.

Me gustaba verlo enojado.

En verano vivía enojado.

Nunca entendí.

La mayoría de los chicos en enero son felices.

No hay escuela.

Se levantan a la hora que quieren.

Él no. Siempre enojado.

Solo se lo veía contento cuando llegaba el carnaval.

Le gustaba salir a correr chiquitas por el barrio.

Me llenaba el patio de bombuchas.

El pico de la canilla del patio era un arco iris.

Siempre.

Los bordes de las bombuchas rotas quedan todas en el pico.

Como sujetándolo.

Una por una sacaba yo.

A veces las dejaba.

Me gustaba ver la canilla colorida.

Canilla de verano. Canillacarnaval.

Yo le tenía prohibido que salga por esa puerta.

Me llenaba de agua todo el piso de la cocina.

Se marcaba todo.

A mí siempre me gustó tener los pisos brillantes.

Mírelos ahora.

La casa a oscuras y los pisos brillan igual.

Siempre limpito.

Así que si quería corretear mojado, por el portón.

Él entraba y salía siempre por el portón.

Ese portón pesado que da a la calle.

Era para entrar el auto adentro, pero nosotros nunca tuvimos auto.

Los portones acá siempre fueron de chapa, y petisos.

Como yo de altos. O como yo de petisos.

Después todos empezaron a cambiarlos.

La inseguridad.

Cualquiera te pegaba un saltito y se te metía al patio.

Y nosotros no queríamos ser menos.

Un portón barato, pero pesado y alto.

Todos en el barrio tenían portones hermosos.

Y yo también quería uno.

Así que lo mandamos a poner.

Se usaba nada más en carnaval.

Para que Josecito entre y salga con bombuchas.

Ese Josecito siempre me llenó el patio de bombuchas.

Y eso que yo solo le compraba un paquete.

Del más grande. Pero solo un paquete.

Y en el corso solo un pomo.

Con la condición de que jamás a mamá.

Una vez me llenó la cara de espuma.

Le di vuelta la cara de un tortazo al ritmo de una comparsa boliviana.

Nunca más le volví a comprar un pomo.

Esa era la condición.

Jamás a mamá.

Después me arrepentí.

Era un juego de chicos.

Le dejé los dedos marcados.

Me miraba con esa trompa.

Los ojos vidriosos de la bronca que le había dado.

Llegó y se acostó.

Sin decir nada.

No pude dormir en toda la noche.

Pobre...

Ahora andaría contento.

Se aproxima carnaval.

Fue en un carnaval que la trajo a casa.

Él sonreía y yo no podía creer lo que estaba viendo.

Quiero que viva con nosotros, me decía, mientras se limpiaba los mocos con la mano.

Era febrero y Josecito andaba resfriado.

Él a veces también era pecho frío como yo.

Yo siempre le puse límites.

Pero pocas veces le pude decir que no.

Ahí, en ese momento era una buena oportunidad.

La oportunidad de decirle que no.

Decirle que se la lleve a la calle.

Que cómo yo iba a aceptar una cosa así.

En mi casa.

Mi casa.

Lo miré, y se lo veía feliz.

Josecito ya no era tan chiquito cuando la trajo, tendría unos 14.

Eso me asustó un poco.

Ya no era un nene que jugaba con bombuchas y salía a correr jovencitas por el barrio.

Era un hombrecito.

Un hombrecito grande y me había traído a casa una...

¿Cómo va a vivir con nosotros?, le dije, ¡Debe tener su casa!

No la tiene, me dijo haciendo trompa.

¿De dónde la sacaste, Josecito?

Estaba sola. Llorando en la calle. En la plaza. Me dijo.

¿Pero no tiene familia?

Nosotros somos su familia, me decía mientras los mocos que caían de su nariz se escondían dentro de sus labios.

De su boca.

Yuli. Se llama Yuli.

O Juli. No sé.

Siempre fue media mudita.

Y yo mucho no le hablaba.

Josecito quería tenerla en el patio.

¿Cómo iba a dejarla en el patio?

No podría.

Acá adentro yo no quería tampoco. Me iba a marcar todo el piso. Llenar todo de pelos. Tenía los pelos largos cuando la traje.

La tuve atada en la pieza.

No molestaba.

Solo que no me gustaba que me mire fijo.

Cuando iba a dormir la siesta, ahí estaba.

Mirándome fijo.

Creando lástima.

A veces le hacía burla.

Hacerle burla me entretenía.

Yo la hubiese dejado ir, si no fuera que Josecito me lo pidió.

Que no se escape.

Esta perrita es mía, me dijo cuando cumplió los 20.

Seis años tenía la Yuli en esta casa.

O la Juli.

Pero Josecito todo el tiempo me lo repetía.

Nosotros somos su familia.

Vamos a vivir felices los tres.



Cuando Josecito la trajo a casa, pensé: esta me va a traer problemas.

Una cara de mosquita muerta tenía.

En algún momento alguien la va a reclamar.

Nunca nadie la reclamó.

Raro, porque uno siempre reclama lo que es propio.

Lo que es de uno.

Sin ir más lejos, usted, en este mismo momento está reclamando algo. ¿O no?

¿Es un reclamo?

¿Pedirle a alguien información de algo es un reclamo?

Yo también he reclamado cosas en su momento.

Yo siempre fui muy reclamadora.

No estoy segura que así sea la palabra.

Reclamadora.

Pero es una palabra fuerte y me gusta usarla en este momento.

Por ejemplo, en esta casa siempre vivió mi madre.

Después con mi padre.

Primero falleció él. Después falleció ella.

Y cuando mamá falleció, todos vinieron a reclamar.

La casa.

Todos querían la casa.

Mi casa.

Unos tíos. Unos primos, hijos de esos tíos.

Esta casa es mía.

Mi casa.

Acá viví siempre yo.

Josecito.

Y ahora la Yuli.

O la Juli.

Esta casa es nuestra.

Y yo la reclamé como propia.

Y a la Yuli nadie la reclamó.

Quizás era verdad que era de la calle, pobrecita.

Josecito, cada vez que iba a la escuela, cruzaba por la plaza.

Él iba a la 34.

A la que fui yo también.

Y a la que fue su padre.

Un colectivo, tres cuadras y la plaza en diagonal.

Ahí la encontró.

En la plaza.

Todos los días se la cruzaba.



Y ella parecía que quería seguirlo.

Me seguía desde que me veía cruzar la plaza, hasta la puerta de la escuela.

Y ahí me esperaba, sentadita, afuera, hasta que yo saliera.

Así me dijo él.

Después entendí por qué en verano siempre andaba triste.

Porque no la veía.

Porque no tenía que tomarse un colectivo, caminar tres cuadras y cruzar la plaza.

Hasta ese verano que sí lo hizo.

Hacía mucho calor.

Acá el verano siempre es caluroso.

Se había puesto una remera. Una que parecía nueva. Estaba recién teñida.

¿Adónde vas con la remera nueva?

No es nueva. Es teñida, me respondió haciendo trompa.

Entonces le volví a preguntar. Porque siempre me gustó ser retórica.

Bueno... No sé si la palabra retórica está bien empleada ahora.

Pero siempre quise usarla en una oración, y nunca encontré el momento.

Decía que le volví a preguntar:

¿Adónde vas con la remera casi nueva recién teñida?

Voy a dar una vuelta por ahí, me dijo.

Yo no me preocupé.

No me pareció extraño.

Josecito nunca fue de tener malas juntas.

Nunca fue un chico que se metiera en problemas.

Ni siquiera le iba mal en la escuela.

Solo una vez se llevó una materia.

Pero a diciembre. La rindió en diciembre.

Me dijo que se la había llevado para saber qué se sentía.

Que sus compañeritos se llevaban materias y él nunca.

A mí me pareció bien.

Que valore.

Josecito siempre fue de valorar cosas.

Como por ejemplo la amistad.

Llevarse materias, porque tus compañeros se llevan, es valorar la amistad.

La amistad más allá de todo.

Cuestión que ese verano salió.

Salió con esa remera casi nueva, recién teñida.

Se tomó el colectivo, caminó tres cuadras y llegó a la plaza.

Dudo que a la vuelta se haya tomado el colectivo.

Debe haber vuelto caminando.

No lo sé.

Entró a casa.

Yo estaba en el patio.

Con unos baldes. Disolviendo un poco de anilina.

La gitana de al lado me había encargado que le tiña una remerita de la hija.

Me quedó preciosa.

No le digo gitana despectivamente, eh.

Acá todos en el barrio le decimos así.

Es divina ella.

Y no es gitana tampoco.

Gitana de chica, me refiero.

Adoptó esa cultura por el marido que sí lo era.

Cuestión que cuando lo escuché entrar le grité: ¡Cerrá la puerta que se entra el calor!

Supuse que la había dejado abierta.

Entro a la cocina y ahí estaba. Parado al lado de esta mesa. Sonriente.

Y ella ahí también.

Después él cambió su cara.

Los dos me miraban con cara de perro mojado.

Josecito moqueaba fuerte.

Quiero que viva con nosotros, me dijo mientras se limpiaba los mocos.

No le pude decir que no.

Yo me fijé todos los días en los diarios si alguien la buscaba.

Nunca nadie la reclamó.

No sería de nadie, calculo.

Porque uno siempre reclama lo que es propio.

Josecito quería que la Yuli duerma en su pieza.

Eso sí que no lo permití.

No iba a dejar que ella se le suba a la cama.

Vaya a saber las pestes que tendría.

Después quería dejarla en el patio.

Al final llegamos a un acuerdo: la Yuli dormiría en mi pieza.

Pero tampoco se subiría a mi cama.

Con el tiempo una se encariña.

Un poco, nomás.

Él sí se había encariñado mucho.

Todo el día jugando con ella.

Ella fue nuestra en el momento que entró a esta casa.

A nuestra casa.

Todo se complicó después.

Josecito encontró un trabajito en la verdulería de la otra cuadra.

Con su platita se compraba remeras nuevas.

Y a las viejitas las tiraba antes que yo las encuentre.

Él sabía bien.

Si yo encontraba una remerita vieja, enseguida la convertía en nueva.

Eso al principio me dolió un poco.

En esta casa nunca fuimos de tirar.

Y a él se le había dado por empezar a tirar.

Si está rota, bueno... es entendible.

Pero si pierde el color nada más... Eso tiene arreglo. Yo.

Los hijos cuando son más grandes cambian.

Del amor hablo.

¿Me entiende?

Del amor en la relación.

Nosotros seguimos amándolos de la misma manera.

Ellos no.

No digo que no nos amen, por supuesto que nos aman.

Pero ellos se vuelven recios en el amor.

Cada vez demuestran menos cuando van creciendo.

Josecito de grande se volvió recio.

Un recio que volvía locas a todas las chicas del barrio.

Un morocho de tez blanca. Alto y huesudo.

Igualito al padre.

La mirada penetrante.

Voz gruesa como el abuelo.

Materno. El abuelo materno.

A Josecito le cambió la voz cuando trajo a la perrita.

Como si la llegada de ella lo hubiese vuelto más hombre.

Aunque la voz no hace a nadie.

¿O sí?

Tener la voz más gruesa o más fina no lo hace ni macho ni hembra.

Ni mujer ni varón.

Yo soy mujer. Con voz gruesa.

A su voz no la conozco mucho.

Usted solo escucha.

Como si lo único que importara fuera lo que yo tuviera que contarle.

Eso es lo único que le importa, ¿no?

Que yo le cuente.

Todo.

Desde el principio.

¿No quiere agua fresca?

El calor es sofocante, y el resfrío mucho no me deja pensar.

Con el trabajo que tenía Josecito... a mí nunca me gustó decirle José.

José se llamaba mi suegro.

Un hombre que nunca hizo nada por nadie.

Josecito no merece llamarse así.

Pero así lo quiso su padre.

Y yo no reclamé en su momento, así que eso no viene al caso ahora.

Decía que con el trabajo que había conseguido, Josecito empezó a ayudarme a pagar cuentas.

Luz, gas.

Cosas de la casa.

Y comida. Porque la Yuli era una más en esta casa.

Comía exactamente lo mismo que comíamos nosotros.

Y a mí me parecía bien.

Para que no sobrara comida.

No sea cosa de andar tirando.

En esta casa nunca fuimos de tirar.

Y antes de andar tirando la comida, me pareció bien que comiera los restos.

La Yuli nunca pareció quejarse de la comida.

Si antes era de la calle.

En casa se sentiría una reina.

Tenía comida, techo.

Ninguna preocupación.

Gente que le demostraba cariño. Amor.

Diez años hacía que Yuli era de la familia.

Con el tiempo se acostumbró a estar todo el día en mi pieza.

Yo prefería que esté ahí, y no en cualquier parte de la casa.

Dando vueltas.

Marcando el piso.

Veinticuatro tenía Josecito cuando pasó lo que pasó.

Él nunca fue de tener mala junta.

Yo dudo de todo lo que dijeron.

Él no sería capaz de andar con ese tipo de gente.

La motito se la compró con sus ahorros, el trabajo de la verdulería y otras changuitas que iba haciendo.

Trabajador. Muy trabajador.

Cada vez menos tiempo en casa pasaba.

Trabajaba mucho.

Y yo sola. Acá.

Bueno, con la Yuli. O la Juli.

Por eso digo que una con el tiempo se encariña.

Pasábamos mucho tiempo juntas.

Yo le hablaba.



No mucho, pero cuando yo tenía la necesidad de hablar con alguien, le hablaba.

Y ella me miraba. A los ojos. Fijo.

Entendiendo perfectamente todo lo que yo le decía.

Ella siempre entendió todo.

Era enero. La noche estaba muy calurosa.

Yo tenía todo abierto, porque no se podía estar ni adentro ni afuera.

Todo abierto pero a oscuras, con las luces apagadas.

Por los mosquitos. Donde hay luz, hay mosquitos.

Había hecho de comer unas ensaladitas.

Variadas.

Hacía mucho calor para prender la hornalla.

Estaba esperando que llegue Josecito de trabajar, para comer juntos.

Sentada en el sillón estaba cuando escuché ese ruido.

Lo primero que pensé fue: A algún vecino le sobró un cuete de año nuevo. Y ahora algún borreguito aburrido anda haciéndolo explotar por los aires.

Pero no.

No era un cuete.

Me di cuenta cuando empezaron los gritos.

Me asomé por la ventana y vi gente correr en la esquina.

Alguien se accidentó, pensé.

Salí a la vereda, y escuché que alguien gritó: "Busquen a Violeta".



El corazón pareció detenerse.

Mi corazón.

Violeta era yo.

La única que se llamaba Violeta en varias cuadras a la redonda era yo.

Y mi corazón, que parecía muerto, empezó a latir cada vez más fuerte mientras caminaba lo más rápido que podían ir mis piernas.

Al doblar en la esquina lo vi.

Primero vi su motito.

Esa motito color miel que se había comprado con tanto esfuerzo.

Dada vuelta. Como detenida en el aire estaba.

La rueda de atrás parecía que aún giraba. Desorientada. Como sin rumbo.

Después la muchedumbre me abrió el paso.

En ese momento me sentí una reina.

Siempre había visto eso en las películas.

Que a las reinas se les da el paso.

La gente se abre del espacio para que una reina pase.

Así me sentí yo mientras todos se corrían y dejaban al descubierto su cuerpito.

Tiradito en la calle de tierra.

La tierra se mezclaba con su sangrecita.

Lo primero que hice fue putear a la moto.

Moto de mierda, dije. Mirá lo que le hiciste a mi Josecito.

Cuando llegué al cuerpo y me le tiré encima me di cuenta.

Alguien le había explotado el pecho.

Un agujero tenía.

Lo que había escuchado antes no era ningún cuete.

Era la muerte lo que había escuchado.

Una muerte con ruido fuerte y seco.

Paf.

Fue un paf, y yo siempre pensé que los disparos sonaban pum.

Alguien le había disparado en el pecho.

Acá. Tenía un agujero acá. De este tamaño más o menos.

Y de ese pequeño agujerito brotaba todo.

Todo rojo.

Rojonegro.

La sangre rojanegra se mezclaba con la tierra y se volvía como ese fuego que largan los volcanes.

Espesa.

Una gran lava espesa.

Todos me miraban llorar acostada al lado de mi Josecito. Alguien atinó a tomarme del brazo y levantarme.

Hice así, para que me suelte.

Nunca supe quién fue. No me acuerdo de su cara.

Alguien que quería alejarme de su cuerpito.



Pero yo quería quedarme ahí con él. Y que se vayan todos.

Ese era mi momento. Mío y de él. De nadie más.

Nuestro momento.

Y mientras lloraba a mi muerto... en el medio de tanto dolor, sentí paz.

Una paz rara.

Y se me volvió a la cabeza la imagen esa que había tenido una vez en un sueño.

Tirada en un gran pastizal.

Mientras un centenar de patos giraban al lado mío y tres o cuatro pavos reales volaban cerca de mi cara.

Aunque no estoy segura que lo pavos esos vuelen.

Pero en mi sueño sí.

Dijeron muchas cosas de Josecito.

Esas mismas personas que se hacían los dolidos, fueron los mismos que después se encargaron de hablar mentiras.

Que se vinculaba con gente rara, que él andaba en cosas raras.

Robos, drogas.

Todas mentiras.

El que lo conoció realmente sabe que Josecito nunca fue de tener mala junta.

Solo estaba en el lugar equivocado, en el momento que no era.

Al lado del cuerpo había una rosa. Una rosa roja.

Creo que en un momento era blanca, pero estaba manchada de sangre.



Había un cartelito. Una notita.

Mi hijo antes de morir me compró una rosa, pensé.

Pero no era para mí.

Me di cuenta cuando leí la notita.

Era para la Yuli.

Y mi corazón se volvió a parar.

Sentí bronca.

Y asco.

Esperé que pase toda la angustia. Que pasen todos los pésames y esas cosas raras que uno suele decir en esos momentos en los que no hay mucho para decir.

En los que uno no tendría que decir nada. Solo un abrazo y listo.

Quedarse en silencio. Acompañando al vivo que intenta despedirse de un muerto.

Sin hablar. En silencio.

Después del entierro de Josecito, cuando volví, entré a mi pieza y ahí estaba.

Atada a los pies de la cama como hacía tantos años.

Con la mirada de perro mojado de siempre.

Yo pensé que éramos una familia, que Josecito la quería como una hermana.

Pero no.

Era como... Como su hembra.

La Yuli siempre fue su hembra y yo nunca me había dado cuenta.

En mi casa.

La miré fijo y le dije: ¿Desde cuándo?

Ella no me respondió, porque siempre fue media mudita.

Le pegué un tortazo en la cara y no me arrepentí.

Le pegué bien fuerte y le grité: ¡Putá! ¡Sos una puta de mierda!

Yo que le había dado tanto amor, y ella me traicionaba de esa manera.

Yo que la había querido como una hija, o casi.

Desde el momento que Josecito la trajo a esta casa yo sabía que ella me iba a traer problemas a la larga.

Y la muerte de un hijo es un gran problema.

Y Josecito murió por su culpa.

O al menos esa es la sensación que tengo en el pecho.

Si después de trabajar hubiese venido derecho para acá, quizá no hubiese pasado nada.

Él era un chico bueno. Es imposible pensarlo haciendo todas esas cosas que la gente comentó.

La gente es mala.

Y él era bueno.

Él le había ido a comprar una rosa.

A ella.

¿Por qué me hicieron esto?, le volví a preguntar.

Y ella lloraba.

Con sus manos intentaba librarse de la cadena que la sostenía del cuello.

Hacía mucho que ya no hacía eso.

Hacía mucho que la cadena se había convertido en una parte más de su cuerpo.

Le volví a pegar.

En el revoleo de manos se me rompieron los lentes.

¿Ve? Trizas se me hicieron.

Los pegué con la gotita.

Ya no los puedo usar, pero me los pongo en la cabeza por la costumbre.

La siento liviana sin los lentes.

En ese momento me pesaba mucho la cabeza.

Le pegué con todas mis fuerzas.

Ni a Josecito le había pegado tanto.

Ella es una desagradecida.

Nosotros le dimos todo.

Ella era de la calle antes de tener una familia.

Los vecinos escucharon los gritos.

Mis gritos.

No me había dado cuenta que estaba gritando, enloquecida. Enceguecida.

Algunos vecinos entraron a mi casa.

Sin pedir permiso entraron.

Yo no escuché, me di cuenta cuando se agolparon como tres personas bajo el marco de la puerta de mi pieza.

Y ahí me vieron.

Golpeando con asco.

Y yo me quedé ahí.

Congelada.

Mirándolos.

Sin decir ni hacer nada.

Me sentí desnuda.

Y angustiada.

Yo la cuidé a la Yuli.

Yo la bañaba. Yo la depilaba.

No queda bien que una mujer ande con pelos en las piernas.

Tendría que haberla dejado. Con sus pelos. Convertida en mono. Convertida en perro.

El resfrío lo tengo desde esa noche. Me llené de mocos.

Yo sé que usted ahora va a querer llevarme de esta casa.

Con esas cosas que aprietan las manos detrás de la espalda.

Lo he visto en las películas.

Pero yo no hice nada de malo.

Yo le di amor.

Y ella me traicionó.

Porque es mala.

Esta Yuli es mala.

Siempre me gustó decirle más Yuli que Juli.

La única vez que me habló, fue hace un par de años.

Me dijo: Julieta. Me llamo Julieta.

Después no volvió a hablar nunca más.

Como si su voz se hubiese agotado. Muerto.

Nunca le dije a Josecito que ella me había hablado.

Que yo había escuchado su voz.

Una voz fina. Dulce.

Me transmitió una paz cuando la escuché.

La misma paz de los patos y los pavos.

Pero más paz me transmitió cuando no habló nunca más.

Resultó ser Juli.

A mí siempre me gustó más Yuli que Juli.

Yuli es más de perro.